AREOPAGITU

Autor: Kirio Skiadaresis

El programa de TV preferido de Agelo, “Un, Dos, Tres, Todos a la vez” recién había comenzado. Normalmente, como cualquier sábado a las diez de la mañana, se hubiera quedado inmóvil frente a la pantalla, absorbiendo con los ojos y los oídos las enseñanzas de la señorita Omolimi (una mujer de unos veinticinco años de edad terrestre, pero que decía haber nacido hacia dos siglos, y provenir de un planeta llamado Suzo en el que el mayor logro de su civilización era lograr que los niños se portaran bien y ayudaran a sus padres en las tareas del hogar), y de sus amigos, un cuarteto de peluches de los cuales dos representaban un gato y un perro y el otro dúo lo conformaban las mascotas suzonianas de Omolimi, una bella joven de cabello rizado color caramelo y que vestía un traje enterizo violeta claro con vivos blancos. Pero el día de hoy tenía otro compromiso, que le obligaría a salir de casa y perderse al menos la mitad del entretenido y educativo show, favorito de los niños y uno de los íconos de la señal estatal.

(Esta historia ocurre en una época en la que aun no existía YouTube; el que no se levantaba el sábado a verlo, se lo perdía, sin chistar).

- Agelo – le dijo su padre mientras ambos bebían una taza de chocolate caliente – has limpiado bien tu instrumento?- . Estaban a mediados de febrero, y en la ciudad de Atenas seguía nevando aunque esporádicamente, con suficiente tiempo entre las precipitaciones para que se derritiera la escarcha y los trabajadores de la Municipalidad pudieran dejar todo limpio otra vez.

Agelo respondió con un breve “sí” antes de hundir nuevamente la boca en el dulce brebaje.

“Voy a revisarlo de todos modos”, pensó su padre. - En donde estará? - dijo en voz baja.

Agelo, concentrada su atención en la sonrisa de la señorita Omolimi, no dio muestras de querer ayudar a su padre, aunque el sabía donde había dejado el estuche. En la puerta de su cuarto, al lado de...

El baño! Su madre acababa de salir del mismo y casi se tropieza con la pequeña valija de color negro algo descascarada, por ser de segundo uso.

- Agelo!! - gritó su mamá. - Que hace esto aquí?

Ahora estaba paralizado, pero de miedo! Delfina Mitri – Baltazi, como maestra de escuela primaria, era de ordinario muy dulce y amigable, pero convenía no hacerla enojar.

Su marido y el padre de Agelo, un hombre bajo de estatura y con una barba puntiaguda,

llamado Demetrios, se apresuro a calmar a la fiera. El retoño de ambos también abandono el cómodo sillón de una plaza y se acerco a su padre solo para servir de testigo, y no ser indiferente a su intervención. Le había fallado a la educadora venida del planeta Suzo, y lo sabia. Ahora se sentía indigno de mirarla.

- M- mi amor, disculpa, he sido yo – dijo Demetrios mintiendo para proteger a su hijo. - Yo la deje aquí para revisarla.

Ella gruñó intentando contener su enojo.

- Justo por donde yo iba a pasar! Qué casualidad!
- No, mi querida. No pienses eso, si yo nunca... - se interrumpió para besar la mano de su esposa, algo que a ella le gustaba incluso en ese momento. - Es que, sabes, Agelo es, bueno, un poco olvidadizo, y quería asegurarme de que estuviera todo listo, para no tener que volver...

Y después de aquella breve explicación en un tono un poco apresurado, miro a su hijo con fijeza para que el entendiera que era su momento de hablar.

- Si, madre, disculpa. Papá tiene que hacer todo esto porque, bueno, yo no siempre presto atención. Pues que voy a hacer!

Sacudía los hombros de una manera algo cómica mientras hablaba, lo que enterneció a su madre, quien se inclino para darle un abrazo. Agelo quedo salpicado por el agua que goteaba del cabello liso y rubio de la señora Delfina.

Ésta se dirigió entonces a su esposo:

- Llevas los buñuelos? Y el termo con agua caliente?

Ahora era Demetrios quien quedaba como un despistado. Prefirió no decir nada, y la mirada suspicaz de su esposa le hizo comprender que ella sabía que se estaba olvidando, y que por eso le preguntaba otra vez.

- A ver, Agelo, cara de músico!
- *Alrigh*!- dijo este en un inglés chapurreado, y se llevo el dedo pulgar a la boca mientras inflaba los cachetes. Su imitación de Louis Armstrong no fallaba en hacer reír a sus padres. Luego abrió la caja en la que guardaba su trompeta, la que era algo grande para un niño de nueve años pero, el debía crecer con ella como con una hermana. Vivir la experiencia musical juntos.
- Muy bien, señor concertista – dijo su padre mientras ponía en su mochila los víveres y se palpaba el abrigo buscando su billetera – hoy es el la prueba de fuego, mas bien de agua.

Las bromas no eran el fuerte de su padre, o al menos eso pensaba Agelo. Tenía voluntad, pero le faltaba precisión. En el afán por parecer gracioso, lo mas que conseguía era una

sonrisa de compasión. Pero no se rendía, lo seguía intentando con los mismos chistes u otro publico. Demetrios Mitris trabajaba como sonidista en eventos públicos, incluyendo partidos de fútbol o ceremonias de entrega de premios. Siempre llevaba consigo una cámara de fotos por si se cruzaba con alguna celebridad. Hoy también la llevaría pero para capturar la imagen de su hijo. Lo veía mientras bajaban por la escalera, él con pasos largos y Agelo con pequeños y cuidadosos saltos de un escalón a otro. Al salir a la avenida la corriente de aire los golpeo a ambos de lado.

– Dame la mano – dijo a su hijo, y Agelo, que portaba el estuche en el mismo lado del que le tendía la suya su padre, lo cambió a la izquierda con algo de esfuerzo. - Vamos a tomar el autobús en la esquina.

Agelo sabia que no podrían utilizar la motocicleta debido al equipaje que llevaban. No dijo nada, pero lo lamentaba por dentro. Se sentía genial pasar por en medio de los automóviles, haciendo zigzag o acelerando aunque fuera por un corto trecho. Pero la experiencia del autobús era también instructiva y disfrutable para el desde otro aspecto. El subir y bajar de personas de todas las edades y ocupaciones, hablando en grupos, en parejas, solos o en silencio. La sensación a la vez de movimiento y de quietud. Y las miradas bondadosas de las ancianas, que le recordaban a sus propios abuelos, a los que no veía muy seguido, por cuanto el lugar de origen de sus padres estaba en medio del mar, a muchas horas de viaje en barco. Agelo desconocía la razón por la que los ancianos, al menos generalmente, eran tan amables con los niños, mientras que con las personas de edad juvenil y de madurez temprana se comportaban con una mezcla de desdén y aversión. Esto lo había visto en casa de sus abuelos, cuando ellos hablaban ya con Delfina ya con Demetrios. Todos creían que el no se daba cuenta, pero si lo hacía. Alguna vez se le ocurrió que todo esto tenia que ver con el dinero, puesto que las discusiones en su casa de ordinario tenían relación con este tema. Los niños no manejan dinero, por eso no tienen problemas.

– Es muy largo el viaje? - preguntó a su padre y este después de reflexionar un instante respondió:
– Diría que si, unos veinte minutos. Te acuerdas, a quien vamos a ver, cierto?
– Me acuerdo... la descripción pero no el nombre.

Demetrios Mitris iba a reírse pero le detuvo la frenada en seco del autobús, y la voz del conductor dirigiendo palabras de enojo hacia un transeúnte, al parecer, un vendedor ambulante.

– Dijiste que quieres ser un artista... voy a presentarte a uno, y no a cualquiera. De hecho... mira. - le dijo su padre tendiéndole un recorte de periódico que había

guardado en su propio bolso. En este se leía:

“Genaros Alofidis celebra sus 80 años – Pionero del jazz nacional, hoy en discreto retiro”

– Y era famoso? - preguntó Agelo. Su padre hizo un gesto con la mano como para decir “mas o menos”.
– Te haré yo una pregunta ahora, hijo... Crees tu que eso es lo importante?

Agelo se detuvo a pensar.

– Que quieres decir?
– Quiero decir... crees que esa es la razón por la que el se dedicó a la música?
– Ah... eso habría que preguntárselo a él, supongo.
– Como lo harías tú? - insistente Demetrios Mitris apoyando su mano en el hombro de su hijo.

Agelo sabia que la respuesta no podía ser simple. Nunca lo era, para ninguna de las preguntas que su padre le hacia. Si respondía lo primero que se le ocurría, con toda seguridad recibiría como contestación otra pregunta mas profunda y complicada. Entendía que su padre le estaba enseñando a razonar y a no sentirse demasiado confiado de haber encontrado la verdad absoluta. Y en parte agradecía la confianza y la guía que recibía en cada una de estas sesiones de debate. Pero por otro lado, se sentía algo frustrado de nunca llevar definitivamente la razón.

– Veamos... lo que le preguntaría es, cual es su mayor satisfacción, mirando al pasado, a todo su trabajo. Que es lo que le hace mas feliz al recordar su vida.

Demetrios Mitris escuchaba con atención y acomodaba en la cabeza de su hijo el gorro de lana, de franjas rojas y azules. El llevaba un sombrero de estilo antiguo, de color café claro.

– Esta bien... aunque recuerda... que su vida aun no ha terminado.

Agelo pensaba en esta ultima frase mientras se acercaban a la esquina en que debían bajar. El paisaje había cambiado un poco; no se veían tantos puestos de comida en la vereda y las tiendas exhibían una fachada mas amplia, ordenada y con productos mas lujosos. Agelo había oído a su madre hablar de un tal Luis Vuitton, y de Chanel también. Podía ahora ver con sus propios ojos a través de las vitrinas los artículos que su madre mencionaba en voz alta cuando leía la revista que venia el domingo con el periódico. Comprendió pronto que la intención de ella era llamar la atención de su esposo acerca de sus deseos.

Al bajar del autobús casi se chocaron con una mujer de apenas veinte años de edad, o que aparentaba tener no mas que eso, y con el carrito de bebé que ella iba empujando

fatigosamente. Se metió la joven madre en el zaguán de una agencia del gobierno, y allí la vieron Agelo y su padre guarecerse de la leve llovizna.

Un poco mas a la derecha de aquel portal un corrillo de empleadas de oficina parecían insensibles a los efectos del clima. Se reían y palmeaban unas a otras, y especialmente a una de ellas, que con toda seguridad estaba celebrando una ocasión especial, un hito en su propia vida. Una de ellas pisoteaba con furia un cigarrillo que se resistía a apagarse, mientras las demás se burlaban de su torpeza. Un perro de tamaño considerable, de color castaño claro y correa negra, pasó por el lado de ellas ladrando con tono grave y cansino, asustando a las mujeres que se dieron vuelta a ver si alguien le seguía. Estaba solo; estaría perdido o se habría escapado. Demetrios Mitris expresó su preocupación por la suerte del can.

- Parece que está buscando otra casa, no la suya propia – comentó Agelo. - Quinas sus dueños no eran muy buenos. - agregó aferrándose al estuche mientras su padre secaba con un pañuelo su cara y la de su hijo. Por detrás de ellos pasó un reportero de la televisión estatal y una camarografa que llevaba una boina y el cabello rizado corto. Al ver el símbolo en la cámara Agelo preguntó a su padre:
- Podemos preguntarles si conocen a la señorita Omolimi?

Demetrios Mitris no quería estropear la ilusión de su hijo... y con semblante muy serio dijo:

- Seguramente la conocen... pero mira, están ocupados, nosotros también, si recuerdas, y posiblemente la señorita Omolimi esté de regreso en su planeta.
- No, no. Ella no puede regresar hasta que termine su misión. Que es que todos los niños aprendan a portarse bien.

Demetrios no estaba muy al tanto de esto... pero como le encantaría, pensó, que existiera realmente alguien que lograra aquella hazaña, por el bien de los padres. Agelo no daba mayores problemas; no era caprichoso ni mucho menos agresivo. Sabía comprender bien los límites y las posibilidades, y estaba acostumbrado a la inexorabilidad de un “no”. Pero no se podía decir lo mismo de sus primos, de sus compañeros de escuela... de los hijos de los compañeros del señor Mitris...

- Crees que podrás hacerlo solo? - preguntó a su hijo, pensando en que Agelo se sentiría mas cómodo sin su presencia, y ademas porque deseaba protegerse del incipiente aguacero.

Agelo consideró la pregunta durante unos segundos y luego respondió afirmativamente.

- Quieres que te sostenga el estuche?
- No, no. Un músico debe estar con su instrumento como si fuera su propio brazo. Siempre unidos. - sentenció el niño repitiendo las palabras que ambos habían leído

semanas atrás en una revista... No recordaba Demetrios si esa frase era de Dizzy Gillespie o Miles Davis. Pero daba igual; lo importante era que Agelo había interiorizado ese concepto.

También sabía el niño o al menos lo intuyó, que tendría mas suerte si se dirigía en primer lugar a la camaròǵrafa, que en ese instante estaba a punto de sacar un paquete de cigarrillos del bolsillo interior de su abrigo, pero cambió de opinión al ver al muchachito que se acercaba con timidez. El reportero, por su parte, miraba un poco mas adelante, poniéndose en puntas de pie. Iba a hacerle una pregunta a la joven:

– Stella – dijo, pero esta con una señal le pidió que guardara silencio.
– La señorita Omolimi? Por supuesto que la conozco! - dijo con una sonrisa enorme en el rostro procurando calmar la ansiedad de Agelo. - A veces comemos bocadillos juntas, y hablamos de la vida en mi planeta y el suyo. Le gusta el *falafel*, sabes? Y también las tortas de cumpleaños. Y esto qué es? - preguntó Stella a su vez. E hizo una seña con su mano al reportero para que se acercase.
– Es una trompeta – dijo Agelo
– Y un niño toca la trompeta! Como no te hemos oído? Una pensaría que esto resonaría por toda Atenas! Oye, se me ocurre una idea... quieres enviarle un mensaje? A la señorita Omolimi?

Los ojos de Agelo brillaron de ilusión por un segundo pero luego se entornaron en un gesto de desconfianza:

– Como así? Con ustedes?
– Claro, mira

Y le mostró una cinta de grabación que llevaba en su morral. Stella dijo entonces al reportero:

– Eh, Krateros. No ha salido todavía. Crees que aparecerá justo ahora? Me das cinco minutos?
– Qué quieres hacer? Filmar a este niño? Qué tiene de interesante?
– Vamos, Krateros... esto puede ser mejor que tu soso reportaje. Lo haré con mi propio cassette.
– Ah, Stella! Vale... pero lo mismo, si llega a venir ahora lo filmamos con tu cinta y luego tendrás que explicar porqué tienes dos. - Y con un imperativo gesto que casi provoca la intervención de Dimitrios, que observaba a la distancia, dijo:
– Vamos, niño, haz tu gracia.
– Espera, espera! - exclamó Stella, y dándole la espalda a Agelo dijo a su compañero

entre dientes:

- El padre... ve a buscar al padre...

Mirando también a Dimitrios sin mucha simpatía, obedeció Krateros a la camarografa... aunque el padre de Agelo había adivinado su intención y se acercaba para hablar no con ellos sino con su propio hijo.

- Papá – dijo Agelo – voy a tocar para la señorita Omolimi.
- Pe.. pero, ahora? - protestó este olvidando que todo había sido su idea desde el principio.
- Me sé la canción del programa... la estuve practicando, mira.

Con soltura abrió el estuche en la mojada vereda e hinchando los carrillos ejecutó un ruidoso compás de tres notas que casi hizo caerse de espaldas a Stella. Agelo se disculpó explicando:

- Es lo que hago cada vez que comienzo a tocar.
- Vaya niño! - dijo en voz baja Krateros -. Es inaudito!
- Dejame que encienda la cámara... ya está – anunció Stella con dulcísima voz, como si fuera un juego mas que una actitud profesional. Ella se veía mas entusiasmada que todos los demás. Incluso que los transeúntes, algunos de los cuales les ignoraban, otros solo giraban la cabeza con curiosidad para seguir caminando, y los que les observaban desde lejos estaban en su sitio debido a las actividades que estaban realizando, ya de trabajo, ya de ocio.
- Quieres decir algo antes? “Hola”, o lo que se te ocurra.

Lo que se le ocurrió a Agelo fue acercar su rostro a la cámara tanto que no se veía nada mas que sus facciones, sus ojos, su nariz y la parte superior de su boca. Desde ese punto fue alejándose con lentitud mientras en sus manos aparecía el instrumento musical. Puso el extremo de este en sus labios y lo que salio fue una melodía a la vez armoniosa y exótica. Diez segundos de una sucesión de notas que imitaban, lo mejor que podían, la cortina musical del programa. Luego, cuando volvió a reinar el silencio, extendido a toda la ciudad, o eso le parecía, pues sus oídos habían quedado algo irritados, tomó la mano de su padre y preguntó:

- Yo me porto muy bien, verdad, papá?
- Eh, s-si, hijo, muy bien!
- Para que veas que tu método funciona, señorita Omolimi.

Y lanzó un beso a la cámara, que Stella fingió atrapar y guardar en su bolsillo.

Demetrios Mitris acariciaba la cabeza de su hijo, que con serenidad miraba hacia el frente, aun estando inseguro de la dirección en que debían ir. Mientras su padre no le dijera otra cosa, entendía que debían seguir caminando en el mismo sentido.

- Lo has hecho muy bien, hijo, de verdad. Pensé que te darían miedo las cámaras. Y que te estaban, no se, obligando a tocar.
- Nooo, para nada. Primero, hay que imaginarse a la persona que lo va a ver, y yo pensaba todo el tiempo en la señorita Omolimi. Segundo, la mujer de la cámara era muy amable. Stella, se llamaba. Y ademas – añadió deteniéndose para atarse los zapatos, casi chocando con los apresurados viandantes – debería estar dispuesto a tocar en cualquier parte. Hay que complacer al publico, verdad?
- Eh, bueno, si, hijo, tienes razón. Claro que... el artista vive de su creación y... tiene que tener una retribución. Por eso se cobran entradas y no se toca solo en un parque. Por eso los discos se venden y no se regalan.

Agelo no respondió nada, y Demetrios sintió temor de haberse metido en un embrollo y de arruinar el día para ambos. Miro el rostro serio de su hijo mientras este se incorporaba y tomaba con ambas manos el estuche, poniéndolo por delante de su cuerpo. Una posición incomoda y que causaba que caminara con lentitud, algo en lo que tardó en darse cuenta. Tenía un pensamiento arraigado en su mente y su cuerpo actuaba de manera automática, insensible mientras el cerebro trabajaba para sus propios fines, como si fueran dos entes distintos.

- Papá... el arte se vende? Siempre – preguntó al fin. El tono ligeramente triste de su voz alarmó a Demetrios.
- Bueno, hijo... la verdad es un poco difícil responderte eso ahora, en medio de la calle. Porque, a la vez la respuesta es si y no... pero es complicado explicarlo todo de golpe.
- Crees que ese señor lo sabrá explicar? - preguntó Agelo refiriéndose a Genaros Alofidis, quien debía estar ya esperándolos.
- Es posible... si es lo que quieres preguntarle.
- Ahora entiendo menos a qué vamos allá, papá, si no sabemos de qué vamos a hablar.

Demetrios aferró a su hijo contra su costado.

- Luego de que le conozcas, veras que las palabras saldrán solas.

El apartamento en que vivía Genaros Alofidis, en el primer piso de un edificio antiguo pero bien conservado, era pequeño pero acogedor. Estaba financiado en parte por las ganancias de su discografía, que se seguía vendiendo, y por la ayuda de su sobrino Markos, quien era también músico pero se había decantado por los sonidos sintetizados, “maquinales” como los definía el maestro Alofidis, quien ni siquiera gustaba de cantar sobre pistas pregrabadas, prefiriendo las orquestas en vivo siempre que le fuera posible. Había entre sus admiradores un empresario pesquero que ejercía como mecenas, ayudándolo con los gastos de alimentación y vestido por medio de una cuenta de banco administrada por la ama de llaves, una mujer delgada y de mediana estatura llamada Fabiola. Esta dama cercana a los cincuenta años, de ojos verdes y cabello castaño con canas que recogía con una hebilla grande detrás de la cabeza, fue la que abrió la puerta a Dimitrios Mitris y a Agelo.

– Oh, pero que niño tan guapo! Tienes frio, querido? Voy a preparar una taza de chocolate caliente para ti. Y una toalla! Estas empapado!

A Agelo le provoco una sonrisa aquella dama tan servicial y parlanchina. Se dejó pasar la mano arrugada de la señora Fabiola por la cara, lo que le devolvió el color a sus mejillas algo ateridas por el clima.

– El señor Alofidis estará con ustedes en un minuto. Por favor, pasen. Denme los abrigos. Aquí dentro estarán calentitos! Y mas con lo que les voy a traer...

La señora Fabiola seguía murmurando palabras con suave acento mientras colgaba en un perchero las ropas mojadas de los visitantes, con un cuidado especial, como si fueran de un material delicado y de sastrería fina.

Desapareció por una de las dos puertas que existían a los lados del recibidor. Detrás de la otra apenas se percibía el sonido de herramientas que se iban recogiendo y depositando en una mesa de madera. En un momento se abrió la puerta, y los dos huéspedes se pusieron de pie... pero viendo que nadie salia y el sonido, ahora algo mas audible, no había cesado, volvieron a sentarse.

La señora Fabiola volvió con chocolate para Agelo y una taza de café para Demetrios. Y con sendos bollos de pastelería para ambos, de forma de pequeño pastel, plano y circular, y rellenos con jalea de frambuesa.

Miró de reojo hacia la puerta y dijo:

– Voy a avisarle que ustedes han llegado. A veces se olvida, especialmente cuando está distraído con sus juguetes... pero no por eso dejarán de ser atendidos, eh?

Puso los brazos en jarra y echó una mirada de satisfacción alrededor del cuarto. Se notaba que se enorgullecía en cumplir cabalmente con su trabajo.
A Agelo le parecía aún mas simpática ahora que los había alimentado. No se podía estar mejor. El señor Alofidis podía demorarse cuanto quisiera. Percibió un detalle: en la sala no había televisor ni aparato de radio. Ni tocadiscos ni casetera. Solo algunos libros y en un aparador, periódicos viejos enrollados y revistas colocadas en una pila.

- Esos los uso para envolver el pescado – dijo la señora Fabiola advirtiendo la curiosidad de Agelo. - A veces vienen muy húmedos del mercado. Entonces los llevo para cambiarlos. Te gusta el pescado? Y las verduras? Bueno, tienes que comer de todo, y ya le encontrarás el gusto.

Del otro lado se oyó un zumbido como el de una hélice que se ponía en funcionamiento. Y unos segundos después un suave golpe contra la puerta, que volvió a cerrarse.
Desde adentro una mano hizo girar la perilla y entonces apareció Genaros Alofidis, con unos gruesos lentes de forma circular y un gorro de lana blanca. En su mano derecha tenía un pequeño avión de juguete; por el diseño podía ser de la Primera Guerra Mundial, cuando aun se usaban las alas dobles y un material ligero, en este caso reemplazado por plástico traslucido.

- Descansen – dijo usando la jerga militar a los dos visitantes que se habían puesto nuevamente de pie. Sus ojos se dirigieron hacia los de su ama de llaves, y sus cejas se entornaron haciéndolo parecer enojado, aunque en realidad no lo estaba. Su mirada era de asombro mal expresado.

No dijo nada, esperando mas bien la explicación de la señora Fabiola acerca de la presencia de dos individuos en su hogar, y la razón de esta.

- El señor Mitris y su hijo...
- El otro señor Mitris – la interrumpió el anciano, mirando a Agelo por encima de los lentes. - Tienen una cita?
- De- de hecho sí – se apresuró a decir Demetrios, confundido por la actitud del afamado interprete musical. - Verá usted, fue mi compañero...
- Estoy bromeando – replico el señor Alofidis, dándoles la espalda para depositar el avión en un estante alto de la repisa de madera de roble. No pudieron ver su expresión, por lo que no sabían si estaba diciendo la verdad o no. Al mirarlos nuevamente dijo:
- Son bienvenidos en mi, en nuestra casa. La señora aquí presente puede decir que en parte le pertenece, aunque no duerme aquí. Pero sin ella yo no viviría ya. Eh, Fabiola?

– Ah, señor Alofidis, se tiene en poca estima usted mismo. Yo la mayor parte del tiempo estoy limpiando o cocinando, pero el resto se lo hace él solo. A veces – agregó en tono confidencial – tengo que sacarle las manos de la cocina.
– Es que yo sé cómo me gusta mi comida – explicó Genaros quitándose los lentes y revisándolos contra la tenue luz que llegaba desde la ventana. - Hemos acordado lo siguiente: yo preparo los ingredientes a mi parecer y ella los pone en la cocina sin quitar ni añadir nada. Y así vivimos todos contentos.

Agelo estaba moviendo el índice, flexionándolo y extendiéndolo. El anciano, un hombre de buen estado físico a pesar de su avanzada edad, de hombros anchos y cabeza mas bien grande, con brazos y dedos largos, de uñas prolijamente cortadas, acercó los lentes al niño, y luego el rostro a los lentes suspendidos por dos dedos suyos en el aire.

– Antes de que me preguntes, muchacho, no tengo esposa ni he tenido. Y Fabiola no hubiera querido, aunque se lo propusiera, por eso nunca lo hice.
– Bah!! Como si el chico fuera a preguntar eso – rezongó la aludida.
– No es que diga que solo necesite una mujer que cocine y limpie, no es eso. Pero, bueno, sin entrar en detalles por respeto a tu edad y a tu padre... ya he tenido bastante experiencia como para estar contento. El tiempo del romance ha pasado para mí, y no ha sido nada malo, eh!

Demetrios se sonrojó un poco porque no era de aquello de lo que esperaba que el maestro y el principiante conversaran. Aunque por su parte, estando en casa, le hacía ver a su hijo que el amor que demostraba a Delfina era la manera en que un esposo debía siempre comportarse con su cónyuge, y que era este el fundamento y objetivo del matrimonio, y que una familia mas numerosa significaba una multiplicación, una expansión de ese amor. Agelo había preguntado una vez porqué no tenía hermanos, y se le había respondido que se había reservado ese amor para él por ser un ser especial. La verdad era que simplemente no había ocurrido, por mas que los padres lo desearan.

– Verá usted, señor Alofidis...
– Veo, si, veo – respondió este en tono ligeramente burlesco.
– Vinimos por recomendación de un amigo, alguien que usted conoce... el señor Darampoglou...
– Ah, ese bribón! Debe decirme donde encontrarlo, en qué alcantarilla se esconde... No ha venido a verme en casi un año, el tarambana – dijo Genaros Alofidis crispando el puño. Se sentó en un sillón forrado de cuerina azul. - Lo siento, me dejé llevar. Continúe.

“Que hombre mas temible éste!” pensó Agelo. “Con razón no lo visitan!”

- Bueno, como decía, el señor Darampoglou, que escuchó a mi hijo tocar la trompeta...
- Ah, el sonido del diablo!
- Señor Alofidis! - gimió la señora Fabiola persignándose. - Usted fue trompetista. Como puede decir eso?
- Y como me ha ido, eh? Fui tentado de joven, casi igual que este mozuelo, y no me quiso dejar hasta que me consumió el alma. No, hijo, por tu alma, busca otro instrumento.

Finalizada aquella diatriba en contra de aquel elemento que le había llevado a la fama, se quedó muy campante mirando por encima de los dos azorados visitantes.

- Discos... conciertos... películas... todo, todo lo que me pidió ese cuerno... se lo di... y para qué?

“Esto no podía empezar peor. Malísima idea mía y de Darampoglou. A la próxima nos levantamos y nos vamos” pensó Dimitrios ya ofuscado por la fea experiencia que estaba viviendo y a la que había arrastrado a su hijo. No iba a culparlo si decidía dejar el estuche en medio de la calle, o en aquel apartamento con olor a pan tostado. Aunque pensándolo bien, si dejaba una trompeta allí el señor Alofidis sería capaz de arrojarla por la ventana, devolviéndosela a los Mitris.

- Creo que necesita un calmante

Fue la señora Fabiola quien dijo esto, pero bien podría haber sido Demetrios o Agelo.
No se demoró nada en traérselo. Se notaba lo bien que lo conocía, tanto como para cortar al punto sus rabietas. Y el señor Alofidis se dejó tratar como el paciente que reconoce que algo está mal con él.
Respiró con profundidad después de sorber el vaso con agua y digerir la pequeña pastilla de color amarillo pálido.

- Lo siento, caballeros, de verdad. Creo... que no estaba preparado emocionalmente para esta entrevista. Lo siento, niño. - agregó acercando su mano a la rodilla de Agelo. - Es bueno que hayas encontrado una vocación... pero, la escuela... no olvides la escuela, eh?

Se reclinó en su sillón y extendió los brazos como una momia.

- Yo no tuve mas escuela – comenzó a decir con los ojos cerrados – que la calle, los bares, los... bueno, no se como les llaman ahora. En fin, mis maestros fueron músicos viajantes y algún que otro poeta. Algunos eran extranjeros! Con otra visión, mas civilizada... Usted sabe, señor, que no era el nuestro el país de ahora,

no. Todo el que tenia algo de seso y de dinero se iba al extranjero, y aquí sobrevivíamos los pelagatos. Y yo aprendí rápido eso... a todo el mundo le gusta una bonita melodía, les alegra el día, incluso si ya están alegres. Y cuanto mas abatidos están, mas necesitan ese consuelo que solo la música puede dar. Por eso – agregó casi en un susurro – se toca en los funerales. No para los muertos, sino para los vivos. Para que sientan que vale la pena seguir viviendo. Sino se echarían ellos mismos al agujero, de pura tristeza. Esto también lo aprendí aunque por casualidad... fue la primera vez que toqué en una banda. Y fue porque... disculpen.

Se interrumpió para soltar la risa que le generaba la anécdota que aún no había comenzado a contar. Sus arrugas parecían aletear con el acceso de hilaridad que intentaba cubrir con su mano izquierda. Agelo y su padre estaban agradablemente sorprendidos. El adusto y gruñón anciano era capaz de reír!

– Lo lamento – se excusó – porque no puedo contar nunca esta historia sin reprimir la risa, y siendo mi debut, ya la he contado varias veces... bueno, el caso es que estaba este hombre, al que nunca llegué a ver, pero del que me habló el líder de la comparsa, que se llamaba Baris. Al sujeto no le habían dicho que iban a un funeral, y no se lo dijeron a propósito porque siendo tan supersticioso y cobarde le tenía terror a los cadáveres. Cuando llegaron y vio a lo que iba, parece que echó a correr y se refugió en una posada. El dueño estaba a punto de echarlo, por supuesto, porque no tenía dinero para hospedarse... pero... el tipo se ofreció a hacer lo que fuera, barrer, limpiar copas y platos sucios, e incluso, y parece que lo hizo, pidió que le permitieran limpiar el establo, por comida, por hospedaje o bien para que le sirviera de santuario frente a Baris y su grupo que no estaban nada contentos! Esto ocurrió en mi pueblo, y yo andaba por allí con un viejo clarinete desafinado, que alguien se había dejado olvidado en la estación de tren. Baris me ve y me dice: “Oye, muchacho, ven! Quieres tocar con nosotros?”. Y yo sin preguntar siquiera adonde ni para quien, pues fui. Al muerto, un sujeto de mas o menos la edad suya, amigo, lo conocía de vista. De qué murió, no se. De alguna enfermedad, sería. La cosa es que aun sin conocer bien el instrumento, toqué con unas ganas... que por poco no se despierta el difunto a aplaudirme. Al terminar, este Baris me dice: “No tengo con qué pagarte, pero te dejo la trompeta. Y que el otro vea de conseguirse una nueva si es que vuelve. Nosotros nos vamos... pero te dejo encargado con alguien... vete al pueblo tal y busca a fulano. Con el tendrás empleo seguro”. Y así.. así fue... - concluyó rascándose la barbilla y con mirada de extenuación.

A Agelo le había gustado la historia, y el cambio de animo del anciano, que lo miraba ahora con cierta ternura.

- Se ve que es un buen muchacho – comentó. - Y es gracias a usted, como padre. Mi padre, vaya, me duele la espalda de solo mencionarlo. Con eso le digo todo.
- Si me permite, maestro...
- Ah, no me gusta eso de “maestro”. Los que han querido aprender de mí, se han tenido que arrepentir.
- De acuerdo, señor Alofidis. Mi hijo, Agelo, aprendió con un vecino, que se ofreció a enseñarle. Un profesor particular, se podría decir. Pero... estaba pensando en enviarlo... a un conservatorio, o a una escuela especializada.
- Si lo que desea es un concertista, bien. Le saldrá un tocadiscos andante, pero sin imaginación. Y mas acentuada será esta tendencia a la mera repetición cuanto mas pronto entre en ese sistema. No le voy a decir que haga lo que yo, porque, como le expliqué, todo aquello fue por necesidad, de comer y de salirme de casa. Y tan solo tuve comida y casa decente cuando me descubrieron los de la For Export Band, y comencé a grabar e irme de gira con ellos. No, el muchacho que estudie, me refiero a la escuela, y si la música queda en un pasatiempo, bien, y si quiere ser profesional, que espere unos años y forme su propio conjunto. Mientras tanto... de eso, lo justo y necesario. Sin obsesionarse. - concluyó señalando al estuche y a Agelo.
- Tiene razón, hay que admitirlo – dijo Demetrios.
- A eso vinieron, verdad? O lo que quieres, niño, es que te dé mi bendición para que empieces tu carrera desde ahora? No seré responsable de adonde te lleve.
- No puede ser tan malo – dijo Agelo con voz algo agria.
- Ahhh, eso lo dices porque me ves a mí, aquí, a mis 80 años. Pero te diré una cosa, pequeño. Lo que ves es un sobreviviente. No querrás saber como les fue a los otros.

Al decir esto golpeaba la palma de su mano sobre su propia rodilla con una perversa satisfacción.

- Puedo hacerle una pregunta, señor? - dijo Agelo
- Puedes... y veamos que sale.
- No tiene recuerdos? Fotografiás, sus discos antiguos? Es que... no veo nada aquí.
- Como tener, si tengo. Está todo por allá – respondió Genaros Alofidis – lo que esta dama me ha prohibido tirar, claro. Si quieres algo, puedes llevarte, lo que quieras.

– Pero, es todo suyo, es su vida... es decir, los recuerdos de su vida. No vale nada entonces para usted?
– Muchacho... está todo también aquí – dijo el anciano poniendo el dedo en su frente. - Lo bueno y lo malo. Y a veces, lo material, como te diré? Me recuerda a cosas que quisiera olvidar.

Agelo se aferraba al brazo de su padre, como siempre en los momentos en que sentía que había metido la pata y buscaba su apoyo. Esto ocurría a veces en casa, con su madre, y Demetrios sabía sacarle del embrollo en la medida que era capaz... con mayor o menor éxito.

– Disculpe la insistencia, señor Alofidis, pero... me parece que no puede ser todo negativo, su experiencia, quiero decir. Debe haber recuerdos agradables. Que sean placenteros para revivir.
– Amigo mío... ese tipo de pensamientos también dejan un mal sabor... es como tener hambre ahora y pensar en el pastel que usted comió ayer. Pero solo por no ofenderle, voy a responderle. Lo que me agrada rememorar son lugares, lugares específicos en los que estuve, ya parado o caminando a través de ellos... y que me han hecho decir “esta es una maravilla de la naturaleza o de la creación humana”. Y que me han inspirado, en el sentido musical. Cuando lo he logrado, sinceramente, me he sentido feliz. Ese ha sido mi mayor logro. Cuando he podido expresar en una melodía un sentimiento, que tuvo su origen en una experiencia, y pude compartir con otros esa idea, eso es lo que me hizo decir “vale, entonces todo ha tenido algún sentido; el haber llegado hasta aquí ha servido para algo”. Y en base a eso, te daré un consejo, jovencito... procura tener mucho de lo que contar. Vive mas de lo que tocas. Ten mas momentos de plena vida. Entonces la música te seguirá. Vendrá la inspiración por sí misma.

Ambos, padre e hijo, se miraron de manera cómplice. Era eso lo que habían venido a oír.

– Disculpen – dijo el maestro Alofidis, y se levantó apresuradamente, con torpeza, estando en un momento a punto de caer a causa del paso cruzado que dio al dirigirse hacia la puerta por la que había salido con el avión de juguete en la mano. Pensaron los visitantes que se había descompuesto, acaso por la profunda emoción.

Pasado un minuto regresó a su asiento, trayendo en sus manos un retrato de una mujer, en un marco de forma ovalada. Era una pintura en acuarela.

– Lo que mas amaría recordar, no puedo hacerlo con precisión. Y de acuerdo a lo que mi memoria pudo retener, encomendé a un artista esta imagen. El la dibujó

basándose en mi descripción. O sea, que no es ni será idéntico al original. Pero, así es como pienso que sería. Mi madre, a la que perdí de muy niño. Sofía, se llamaba.

Tenia en su rostro impresas las marcas del trabajo, del cansancio y de una incipiente enfermedad, dada la palidez del tono de su piel. Con todo, su humilde faz de mujer laboriosa le otorgaba una magnificencia única. Su mentón cuadrado y sus ojos pequeños y de color café claro evocaban la fiereza de la persona que se aferra a la vida a cualquier costo, no por si misma, sino por su familia. Era aquella cara a la vez serena y brava la de una madre, digna y altiva, pero también amorosa. Sin duda el artista había realizado una excelente obra, que el hijo de la representada podía mirar y dejar su corazón conmoverse.

- Vi una mujer parecida en Túnez, cargando naranjas que había comprado en un mercado. Yo estaba en un café, a la espera de mis compañeros, y por cinco minutos tuve el privilegio de observarla, a aquella abnegada dama. No me atreví a acercarme, pero con verla de lejos, a unos cincuenta metros de distancia, me bastaba. Deje que desapareciera, y me convencí de que debía hacer pintar ese rostro tan parecido al de mi madre, que se me había presentado a mis treinta y tantos años. En cuanto pude ubicar a un dibujante le hablé de ella, de mi madre, y entonces surgió este retrato, que conservo frente a mi cuando estoy trabajando.
- Con juguetes?
- Pero claro que sí! - dijo con acento jovial – No tuve tiempo para ellos antes, pero ahora lo tengo, y no es demasiado tarde, verdad? Te diré algo aunque probablemente ya te has dado cuenta. Lo que me fascina especialmente son estos objetos que se mueven por sí mismos. Que no necesitan mas que una mano que les dé arranque, y ellos hacen el resto. Ahí dentro, en una pecera, tengo un submarino, que solo necesitó que lo llene de aire, y se mantiene flotando solo, sin hundirse, pero sin emerger tampoco. En su punto justo. Y un búho que da vueltas la cabeza, así – agregó haciendo un movimiento acompasado de su mano en el sentido de las agujas del reloj. - Cada 12 horas exactas, los ojos vuelven a mirar hacia el punto de partida, habiendo dado la vuelta en 360 grados.

Demetrios estaba bastante intrigado por aquella descripción pues no había oído nunca de tales juguetes. Los habría creado el maestro Alofidis, o adaptado de objetos ya existentes? No se atrevía a pedir verlos, ni tampoco Agelo. Lamentablemente la ama de llaves no estaba presente para confirmar o refutar aquella información. Había salido del apartamento; acaso a hacer compras, ya que el señor Genaros estaba acompañado. Este volvió a levantarse, llevándose consigo el retrato. Volvió un minuto después con un

pequeño muñeco en la mano. Era una figura de madera, de una sola pieza de forma piramidal, con cabeza y pies tallados así como los detalles del atuendo.

– Este te lo regalo. Lo traje de Corea. Es un campesino. Bastante distinto de los nuestros, eh? No hace nada, pero tiene buen aspecto, y por eso me gusta.

Agelo lo recibió y se lo entregó a su padre, quien murmurando palabras de agradecimiento lo guardó en su morral. El niño se puso de pie y acercó sus manos a las del anciano. Este lo atrajo hacia sí y le dio un abrazo.

– Será un buen músico si así lo quiere... pero mas importante es que sea feliz. Amiguito, prométeme que te pondrás esa meta, antes que nada. Sé feliz.
– Si, maes... perdón... señor...
– Ah, si lo dices tú, está bien... maestro soy.

Se oyó el sonido de la puerta y entró la señora Fabiola con una bolsa de papel algo húmeda en las manos.

– Ahora, si me disculpan, este cuerpo no es el de antes, y necesita reposar. La señora Fabiola les ofrecerá algo antes de que se vayan. Por mi parte, sinceramente agradecido por su visita. Y ojalá pudiéramos repetirla... pero, no puedo prometerles nada. Solo que no me olvidaré de ustedes.

Agelo lo ayudó a levantarse, y el señor Alofidis respondió a su atención pasandole la mano por la cabeza.

– Adiós, muchacho – le dijo con dulzura en su acento y en su mirada.
– Vamos, vamos – se oyó decir a la señora Fabiola. - Prueben estos pastelillos antes de que se enfríen.

Realmente eran muy sabrosos, y les sorprendieron los minúsculos trozos de nuez en su interior. Mas Agelo aún intentaba procesar en su mente todo lo recién dicho y vivido. Demetrios aprovechó para enterarse un poco más acerca del estado de salud del maestro, y la ama de llaves les regaló otra divertida anécdota, que Agelo apenas alcanzó a oír, concentrado como estaba en sus propios pensamientos.

Al salir a la calle, estaba cabizbajo y se veía abatido. Su padre lo notó enseguida y lo alzó mientras subían al autobús.

– No lo volveremos a ver, verdad? - preguntó con honda tristeza y con los ojos cerrados.
– Creo que no, hijo – respondió su padre. - Por eso era tan importante que viniéramos ahora, mientras pudimos.
– Está bien, supongo... mejor recordarlo así, verdad?

- Exacto, mejor así

Agelo se durmió profundamente. Al acomodar sus pertenencias, a Demetrios le asaltó una pregunta:

“La trompeta! Dónde está?”

Se había quedado en el apartamento.

Una semana después, estando Agelo en la escuela, sonó el teléfono:

- Es la familia Mitris? La casa de Demetrios, de Agelo Mitris? - preguntó una voz femenina y juvenil del otro lado del teléfono
- Quién habla? Cómo sabe eso? - respondió entre intrigada y molesta Delfina.
- Su hijo nos dio estos datos, y lo buscamos, para ser sinceros, en la guía telefónica.
- “Nos”? A quién? De qué se trata esto? - dijo la señora Mitri aún mas ofuscada.
- De nada malo, señora. Somos de la televisión. Yo soy, bueno, Mariella Xiropolou, pero ustedes me conocen como “Señorita Omolimi” - admitió algo avergonzada de usar ese nombre.
- Ah... ahhh!! Disculpe usted! Pero qué sorpresa! Agelo no está... pero como le alegraría hablar con usted, señorita! - dijo Delfina cambiando completamente su actitud.
- Me imagino, pues es horario de escuela. Pero de eso justamente se trata. Verá usted, he recibido el mensaje en vídeo de su hijo...
- Ah, el me contó acerca de eso pero, no mucho. Había tenido un mal día, parece, pero no es culpa de usted.

Se hizo silencio del otro lado de la línea.

- Hola? Está usted aún allí? - preguntó Delfina Mitri.
- Si, si, disculpe – dijo en voz algo mas baja la joven actriz. - Es que, para ser sincera... yo también, no tuve los mejores días. Aquí entre nosotras, como mujeres adultas... una tiene que poner buena cara, sonreír y eso, porque es mi trabajo, y yo amo a los niños, pero... como que estaba, cómo decirle... perdiendo algo de impulso.
- Ah, querida, la entiendo. Y eso que yo tengo uno solo, y me saca de las casillas a veces! Y luego me dijo, cómo demostrarle, después de esto, para que me crea, que

lo amo, tanto como lo siento? Es difícil.

– Exactamente. Bueno, el caso es que el mensaje de Agelo... tan espontaneo como fue, me llegó de una manera... especial. Es un niño especial, ciertamente.
– Muy agradecida de sus palabras, señorita. Hemos hecho lo que hemos podido, pero el mismo Agelo mejor que nadie. Mas de lo que podríamos haber esperado.
– Señora... Mitri, cierto? - preguntó la señorita Omolimi luego de un breve silencio.
– Hmmm?
– Cree que podría invitar a Agelo a asistir a la grabación del programa? Nosotros nos haríamos cargo de todo, hasta de traerlo y llevarlo.
– Por mi parte encantada pero... no romperá su ilusión? El verle, usted sabe... como una actriz.

Mariella Xiropolou pareció pensárselo un instante.

- Creo, señora Mitri.. que un niño como él está preparado para eso.